

Adolescentes y jóvenes en el conurbano bonaerense: entre las buenas y las malas noticias

María del Carmen Feijó *

Sin escapar a definiciones polémicas, este artículo revisa las posibilidades materiales y simbólicas de transitar la adolescencia que tienen los jóvenes de distintos sectores sociales y analiza qué lugar ocupa la escuela en este contexto.

Este artículo tiene el propósito de describir y analizar la situación de adolescentes y jóvenes de la provincia de Buenos Aires quienes, hace ya un tiempo demasiado prolongado, se han convertido en depositarios de buena parte de los males que aquejan a ese territorio y al conjunto de la sociedad. Estigmatizados a partir de las páginas de policiales, vueltos triviales a partir de los programas de cumbia villera, cuestionados por su desempeño escolar y laboral, visualizados por el ojo del periodismo amarillo de ciertos medios de comunicación que, cuando encuentran eco favorable en la opinión pública, lo hacen sólo a partir de su condición de protagonistas involuntarios de las grandes tragedias argentinas como en el caso de Cromañón,¹ la más cercana en nuestro recuerdo.

Se podrá decir que no se trata exclusivamente de los jóvenes y adolescentes bonaerenses, sino de los de todo el país. Y es cierto. Sin embargo, el caso de la provincia de Buenos Aires es especialmente significativo, entre otros aspectos, por el peso relativo que la misma tiene en relación con el total del país y por el hecho, no menor, de que la configuración urbana del Gran Buenos Aires obliga a una convivencia forzosa y forzada entre los más pobres y los más ricos de nuestra nación.

Por lo tanto, revisar esta situación superando las superficialidades troqueladas por los medios o por el sentido común requiere tomar en cuenta cierta evidencia que permita explicarnos la densa trama que convierte a los adolescentes y jóvenes bonaerenses en un problema social inequívoco del que unánimemente se reconoce su condición de amenazante y que contrapone dos modelos de manera

¹ El 30 de diciembre de 2004 en el local República Cromañón, ubicado en el barrio de Once de la ciudad de Buenos Aires, se produjo un incendio durante un recital de la banda de rock "Callejeros", que dejó como consecuencia 193 muertes y más de 700 heridos. [N. de E.]

implícita: el del buen adolescente y joven al estilo Axel Blumberg² y el de los adolescentes y jóvenes restantes. Antes de entrar en el análisis, veamos cuáles son los datos.

La evidencia empírica

Resulta relevante destacar el peso relativo que tiene esta población en el total del país. Sin embargo, es importante primero definir quiénes son los adolescentes y los jóvenes. En un artículo ya clásico sobre el tema, Cecilia Braslavsky (1986) define el alcance y las limitaciones del concepto juventud y señala, como rasgo distintivo, que la juventud está integrada por todos aquellos que “poseen un margen de autonomía mayor que el de los niños y menor que el de los adultos”. Márgenes de autonomía y tramos de edad que están obviamente determinados por dimensiones sociales, económicas, culturales y de época que hacen que el establecimiento de los límites cronológicos dependan menos de argumentos o características de tipo biológico que de tipo social.

Hace ya mucho tiempo que Philippe Ariès (1962) mostró que el surgimiento de la niñez como concepto sociológico requirió cambios estructurales en la capacidad de percibirla, esto es, que la edad no fue siempre un principio de diferenciación entre las personas. Igualmente, tener ahora 12 o 13 años en un hogar de clase media no es lo mismo que tenerlos en una familia indigente. Por ello, la configuración de correlaciones entre tramos de edad y pertenencia a estadios de ciclo de vida es una cuestión que debe subordinarse a las condiciones sociales en las que esa vida se vive. Esto no implica desconocer la existencia de un deber ser valorativo acerca de cómo deberían ser la adolescencia y la juventud; deber ser que, sin embargo, está lejos de ser alcanzado por los diversos grupos sociales. Los propios modelos de desarrollo de cada sociedad inciden sobre esa caracterización y determinan las restricciones que colocan sobre la forma de ser adolescente y joven, pues esos períodos se hacen más prolongados cuando hay condiciones sociales para disfrutarlos. Cuando la satisfacción de las condiciones de vida está garantizada social y familiarmente, más se extienden la adolescencia y la juventud; por el contrario, cuando no se accede a esos derechos, más prematuro se hace el paso a los estadios posteriores.

Debe anotarse también la diferenciación, desde el punto de vista del género, especialmente en un país como el nuestro en el que alrededor del 15% anual de los nacimientos proviene de muchachas menores de 18 años que difícilmente han elegido la maternidad que se les impone como un hecho resultante de un cambio de valores que no ha sido acompañado de una activa pedagogía del acceso al sexo. Las chicas pagan la diferenciación por género en la adolescencia, mediante su iniciación sexual prematura y desprotegida, en el marco de un sistema educativo que carece de alertas tempranas para que

² En marzo de 2004 Axel Blumberg fue secuestrado y asesinado por sus captores en la localidad de Moreno, provincia de Buenos Aires. El joven tenía 23 años y era estudiante de Ingeniería. Su padre, Juan Carlos Blumberg, denunció públicamente la participación de menores en el hecho y, para algunos sectores, se convirtió en el referente de un reclamo por mayor seguridad. [N. de E.]

adolescentes y jóvenes se inicien sexualmente con cuidado y respeto de sí mismos. También está la droga, sobre la cual es poco lo que sabemos de manera confiable. Y, por último, está la inseguridad de la que son víctimas en sus barrios; en los oscuros amaneceres invernales en que llegan caminando a la escuela, a veces sin la campera que les robaron en el trayecto, sin la bicicleta, sin la plata para el colectivo. Ya lo ha dicho Susana Torrado (1992) en un imprescindible trabajo en el que señala que el modelo de vida de los pobres es “vivir apurados para morir antes”. Este apuro se lleva también la capacidad de disfrutar las etapas del ciclo de vida tal como están socialmente valoradas.

De hecho, como veremos más adelante, en la provincia de Buenos Aires la adolescencia comienza para los pobres mucho más temprano; la juventud, como etapa del ciclo de vida, es más bien una expresión de deseos y a la edad en que en otros países o en otras clases sociales se es joven, los nuestros son adultos prematuros. Compárense, si no, los datos del conurbano con los de la ciudad de Buenos Aires. De cualquier manera y más allá de estas precisiones conceptuales, veamos los números.

En la Argentina, cuya población es de 36.260.130 habitantes, las personas de entre 10 y 24 años constituyen el 27,06% del total. En la provincia de Buenos Aires, que expresa el 38% de la población del país, esta franja de edad conforma el 26.23% de sus habitantes, proporción levemente inferior a la nacional. Sin embargo, las diferencias son significativas entre el total de la provincia y el Conurbano Bonaerense y, especialmente, dentro de éste, donde el número de adolescentes y jóvenes alcanza el 26,60% del total. Con respecto a las diferencias en dicha área geográfica, las mismas siguen –a modo de tendencia– en una relación ampliamente conocida y sobre la que no nos extenderemos aquí: la que señala que la pobreza asciende a medida que los anillos se alejan de la ciudad de Buenos Aires.

Así, también aumenta el peso relativo de la población de ese tramo de edad –la que para el más privilegiado primer cordón alcanza el 22,87% de la población; asciende al 25,46% en el segundo, al 26,57% en el tercero y al 28,73% en el cuarto–. Es necesario señalar que en el comportamiento del segundo cordón incide el peso relativo del municipio de La Matanza, que en los últimos procesamientos estadísticos se presenta dividido internamente para evitar el efecto distorsivo de su peso [ver tabla I].

TABLA I. ARGENTINA Y PROVINCIA DE BUENOS AIRES.
Población total y por áreas seleccionadas, según tramos de edad.

	CANTIDAD DE HABITANTES	TRAMOS DE EDAD			
		10 A 14 AÑOS	15 A 19 AÑOS	20 A 24 AÑOS	10 A 24 AÑOS
Total del país	36.260.130	3.427.200	3.188.304	3.199.339	9.814.843
Provincia de Bs. As.	13.827.203	1.252.134	1.169.647	1.205.481	3.627.262
Conurbano Bonaerense	8.684.437	792.989	741.560	779.864	2.314.413
1er. Cordón	565.587	39.728	42.381	47.284	129.393
2do. Cordón	2.963.588	252.538	240.812	261.437	754.787
3er. Cordón	2.366.684	214.101	202.123	212.782	629.006
4to. Cordón	2.788.578	286.622	256.244	258.361	801.227

Fuente: elaboración propia sobre la base del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas, Indec. Argentina, 2001.

En cambio, si utilizamos el abordaje de la distribución del ingreso per cápita familiar para identificar las condiciones de vida de nuestros jóvenes bonaerenses –con datos de la Encuesta Permanente de Hogares (eph)–, se verifica la concentración de los jóvenes en los grupos de menores ingresos, sumergidos en el ambiente de la pobreza y de la indigencia. En efecto, con los cortes etarios con que la eph proporciona la información, veremos que de los adolescentes de 13 a 25 años, el 33% se encuentra en el primer quintil; el 21,8%, en el segundo; el 20,1%, en el tercero; el 14,2%, en el cuarto y sólo el 10,9%, en el quinto. Estos valores se encuentran positivamente afectados por la condición de actividad de los de más edad. Sin embargo, si se toman tramos de edad más bajos, como el de 13 a 14 años, se verá que en este grupo el 86,8% se ubica en los quintiles 1 a 3; proporción que baja al 82,8% para el grupo de 15 a 17 años. Vale la pena aclarar que hay consenso en que el límite de la medición objetiva de la pobreza está por arriba del tercer quintil [ver tabla II].

TABLA II. Distribución del ingreso per cápita familiar (IPCF), según quintiles y tramos de edad

QUINTILES DE IPCF	TRAMOS DE EDAD			
	13 A 14 AÑOS	15 A 17 AÑOS	18 A 25 AÑOS	13 A 25 AÑOS
1	41,7	40,6	27,4	33,0
2	28,3	23,7	19,0	21,8
3	16,8	18,5	21,7	20,1
4	7,0	11,3	17,5	14,2
5	6,2	5,8	14,3	10,9
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: elaboración propia sobre la base a EPH, Indec, mayo, 2003.

Por su propio carácter, sobre la medición subjetiva no disponemos de información estadística salvo la que proviene de estudios de opinión y/o conjeturas que tienen origen en los estudios sobre la pobreza. En estos términos, sin embargo, es destacable señalar que se configuran tres mundos: el de los clara e intensamente pobres; el de los no pobres; y otro sector, muy importante en relación con nuestra estratificación social, integrado por aquellos que, medidos por ingresos, pueden estar por arriba de la línea de pobreza pero cuya vulnerabilidad surge del fenómeno de rotación alrededor de la línea, como resultado de la inestabilidad de los ingresos (Feijoó, 2003).

Visto desde una perspectiva empírica, el problema con los adolescentes y jóvenes bonaerenses no es un problema con ellos, sino con una estructura social que, tanto desde el punto de vista de la distribución espacial como desde el de la distribución del ingreso, es la que configura el problema. Dicho de otra manera, el problema no son los jóvenes pobres, sino la pobreza misma.

A pesar de los datos que acabamos de describir, el comportamiento de los chicos no es directamente especular con el que podría inferirse de esta estructura si se aplicara un modelo economicista. Pese a las

condiciones objetivas de privación, los chicos van a la escuela, intentan trabajar y estudiar, buscan un futuro, tienen esperanza pero, a la vez, confrontan dificultades estructurales para cumplir sus destinos.

Desde el punto de vista educativo, la expansión de la matrícula ha sido resultado de las políticas aplicadas en la década de 1990: cuestionada por muchos –y seguramente cuestionable en muchos aspectos–, no puede ignorarse la formidable revolución que implicó la reforma educativa en relación con la dimensión de la equidad. Que la calidad es un problema, es un problema, en todo caso, común al conjunto del sistema educativo argentino. En una investigación publicada por la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, en el año 2000 se señalaba el incremento de las tasas de escolarización por tramo de edad y quintil de ingresos en una perspectiva histórica de diez años (DGCyE, 2000). Si bien es cierto que las tasas de escolarización incluyen fenómenos como la sobre edad y la repitencia y que no dicen nada sobre la calidad, lo cierto es que también describen la situación de importantes contingentes de población que están adentro del sistema educativo.

Por eso, digamos como parte de las buenas noticias que la tasa de asistencia escolar para el grupo de 13 a 14 años alcanza al 98,6% del grupo de edad para el total de aglomerados urbanos; al 100 % para la ciudad de Buenos Aires y al 99,4% para el conurbano; al 87,4 % para el grupo de 15 a 17 años para el total de aglomerados; al 100% para la ciudad de Buenos Aires y al 87,7% para el conurbano. Al aumentar la edad, disminuye la tasa de escolarización –que en el tramo de 18 a 25 años es del 44,6% para el total de aglomerados; del 65,1% para la ciudad de Buenos Aires y de casi la mitad para el conurbano, 35,8% –. Estos datos demuestran una notable democratización de la asistencia escolar, cuyos rasgos de regresividad se destacan a medida que aumentan los años de vida [ver tabla III].

TABLA III. Tasas de asistencia escolar según aglomerados y tramos de edad

AGLOMERADOS	TRAMOS DE EDAD			
	13 A 14 AÑOS	15 A 17 AÑOS	18 A 25 AÑOS	13 A 25 AÑOS
Total de aglomerados urbanos	98,6	87,4	44,6	63,0
Total aglomerados del interior del país	97,7	85,0	46,5	63,2
Gran Buenos Aires	99,5	89,8	42,7	62,8
Ciudad de Buenos Aires	100,0	100,0	65,1	76,3
Conurbano Bonaerense	99,4	87,7	35,8	59,2

Fuente: elaboración propia sobre la base de la EPH, Indec, mayo, 2003.

En relación con las tasas de actividad –y teniendo en cuenta que el trabajo infantil está prohibido en la Argentina– llaman la atención –por lo bajas– las registradas en el grupo de 13 a 17 años. En el total de aglomerados urbanos alcanza el 0,7% para el grupo de 13 a 14 años; es nula para la ciudad de Buenos Aires y llega al 0,5% para el conurbano. Para el grupo de 15 a 17 años, la tasa alcanza el 3,9% para el total de aglomerados, el 3,6% para la ciudad de Buenos Aires y el 2,4% para el conurbano. Estas tasas bajas llaman la atención, simplemente, porque los números no parecen coincidir con la presencia de chicos en actividades productivas y porque, probablemente, estén afectadas por fenómenos

de captación ligados con la ilegalidad de dicho desempeño o la naturalización de algunas tareas como, por ejemplo, las de ayuda familiar en diferentes actividades. En el tramo de 18 a 25 años, la tasa de actividad tiene un nivel mucho más alto: el 40,3% para el total de aglomerados urbanos; el 49,5% para la ciudad de Buenos Aires y el 44,8% para el conurbano [ver tabla IV].

TABLA IV. Tasa de actividad según aglomerados y tramos de edad

AGLOMERADOS	TRAMOS DE EDAD			
	13 A 14 AÑOS	15 A 17 AÑOS	18 A 25 AÑOS	13 A 25 AÑOS
Total de aglomerados urbanos	0,7	3,9	40,3	25,7
Total aglomerados del interior del país	0,9	5,3	34,5	22,6
Gran Buenos Aires	0,5	2,6	45,9	28,5
Ciudad de Buenos Aires	0,0	3,6	49,5	34,4
Conurbano Bonaerense	0,5	2,4	44,8	27,0

Fuente: elaboración propia sobre la base de la EPH, Indec, mayo, 2003.

Por su parte, los adolescentes y los jóvenes que no trabajan ni estudian en el tramo de 13 a 25 años constituyen el 18,5% del total de los que viven en aglomerados urbanos; el 5,8% de los que viven en la ciudad de Buenos Aires y el 21% de los que viven en el conurbano. En el interior del tramo, el fenómeno es poco relevante para los de 13 a 14 años y se hace significativo para los de 15 a 17, que alcanza el 10,2 % para el total de aglomerados, no existe para la ciudad de Buenos Aires y es del 11,1% para el conurbano. Hasta esta edad, los datos muestran el papel rector que, pese a todo, desempeña la escuela. De los 18 a los 25 años, en cambio, la proporción de los que no trabajan ni estudian asciende a poco más de un cuarto para el total de aglomerados urbanos; es el 8,8% para la ciudad de Buenos Aires y el 31% para el conurbano. En estos comportamientos se expresa la baja capacidad de incorporación al mercado de trabajo en simultáneo con la progresiva pérdida de la inserción educativa como resultado del acercamiento a la adultez. [ver tabla V].

TABLA V. Jóvenes que no estudian ni trabajan según aglomerados y tramos de edad

AGLOMERADOS	TRAMOS DE EDAD			
	13 A 14 AÑOS	15 A 17 AÑOS	18 A 25 AÑOS	13 A 25 AÑOS
Total de aglomerados urbanos	1,1	10,2	26,0	18,5
Total aglomerados del interior del país	1,7	11,3	26,3	19,1
Gran Buenos Aires	0,5	9,2	25,8	17,8
Ciudad de Buenos Aires	0,0	0,0	8,6	5,8
Conurbano Bonaerense	0,6	11,1	31,0	21,0

Fuente: elaboración propia sobre la base de la EPH, Indec, mayo, 2003.

Este grupo es, razonablemente, el objeto de inquietud más importante de quienes se preocupan por la situación de la juventud; preocupación que se torna problemática cuando se extrapolan a este universo

las características de desvío social a las que nos hemos referido en la introducción. Si este sector social es un problema, lo es más por lo que deja de hacer –estudiar y/o trabajar– que por lo que se supone que hace.

Por último, si miramos la distribución de este universo desde la perspectiva de la pobreza y la indigencia, se puede observar la gravedad de la situación ya que, para el tramo de 13 a 25 años, el 61,2% de los jóvenes del total de aglomerados urbanos son pobres y el 31,2%, indigentes; en la ciudad de Buenos Aires son pobres el 25% y el 12%, indigentes; y el conurbano bonaerense tiene el triste récord de que el 67,7% de los jóvenes sean pobres y el 36,3%, indigentes. Debe señalarse, además, que la pobreza tiene una leve tendencia descendente a medida que aumenta la edad, la que seguramente se explica como resultado de una mayor participación en el mercado de trabajo [ver tablas VI y VII].

TABLA VI. Pobreza según aglomerados y tramos de edad

AGLOMERADOS	TRAMOS DE EDAD			
	13 A 14 AÑOS	15 A 17 AÑOS	18 A 25 AÑOS	13 A 25 AÑOS
Total de aglomerados urbanos	72,4	70,5	54,7	61,2
Total aglomerados del interior del país	71,0	72,7	58,4	63,7
Gran Buenos Aires	73,7	68,4	51,0	58,7
Ciudad de Buenos Aires	46,2	32,4	18,7	25,0
Conurbano Bonaerense	79,0	76,3	60,8	67,7

Fuente: elaboración propia sobre la base de EPH, Indec, mayo, 2003.

TABLA VII. Indigencia según aglomerados y tramos de edad

AGLOMERADOS	TRAMOS DE EDAD			
	13 A 14 AÑOS	15 A 17 AÑOS	18 A 25 AÑOS	13 A 25 AÑOS
Total de aglomerados urbanos	42,6	39,9	24,9	31,2
Total aglomerados del interior del país	41,9	40,6	24,9	31,2
Gran Buenos Aires	43,2	39,1	25,0	31,2
Ciudad de Buenos Aires	34,7	12,9	7,3	12,0
Conurbano Bonaerense	44,9	44,9	30,3	36,3

Fuente: elaboración propia sobre la base de EPH, Indec, mayo, 2003.

La vida cotidiana

Sin embargo, la vida cotidiana de los adolescentes y sus familias está lejos de ser un reflejo de estas condiciones estructurales. Entre la privación y la voluntad de ser, se desarrollan miles de estrategias dirigidas a aferrarse a la sociedad más allá de las privaciones que el conjunto les coloca como contexto. Estas estrategias se focalizan centralmente en las escuelas que son hoy el único ámbito suficientemente dimensionado para acogerlos. Los escépticos dirán que esta adhesión es *by default* y que por ello, en todo caso, no forma parte de las buenas noticias. No obstante, la dimensión del propio sistema educativo bonaerense –vale la pena repetirlo– es parte de la buena noticia en tanto tiene 15.852

establecimientos de los cuales 10.431 son públicos y 5.421, privados. De las 5.960 escuelas de Educación General Básica (EGB) de gestión pública y privada, la mayoría atiende a este grupo etario –ya sea porque más del 70% implementaron el Tercer Ciclo* o porque tienen alumnos desfasados en la edad–. A esa cifra deben sumarse los 2.360 establecimientos de Educación Polimodal, lo que constituye el 52,48% del total de los establecimientos que configuran el sistema.

Mejores o peores, están ahí y, en todo caso, conforman la plataforma institucional para políticas de mejoramiento de la calidad educativa, entendidas en el marco de la construcción de ciudadanía.

Las escuelas, por lo tanto, son siempre las trincheras de la conflictividad social pues, por su condición de único escenario, son también el espacio privilegiado para el estallido de los conflictos. Aun así, a la luz de lo que sabemos de sus vidas, ellas derraman todavía el efecto balsámico de la ciudadanía, habida cuenta de que el conflicto con mayúscula es, por suerte, mucho más excepcional que cotidiano. Esto es probablemente consecuencia de un hecho negativo: como resultado de la creciente segmentación espacial de la población, las escuelas se han ido especializando crecientemente y, en lugar de ser las viejas escuelas socialmente heterogéneas de la vieja sociedad, más bien son hoy las que expresan la profunda diferenciación social de esa estructura con mayoría de pobres. Y las escuelas son hoy –cómo podrían no serlo dada la intensidad y concentración de la pobreza– escuelas de pobres homogéneamente pobres, en barrios de pobres y escuelas de ricos intensamente ricos, en barrios de ricos. Pocas son las que combinan, en su composición social, lo mejor de la vieja escuela sarmientina, en términos de convivencia entre no tan pobres y no tan ricos; es decir, aquellos grupos sociales que pueden denominarse de acuerdo con los énfasis que se establezcan: escuelas de capas medias, de clase trabajadora o, de manera más moderna, de clases medias. Escuelas que son pocas por la galvanización social que ha atravesado nuestra sociedad, polarizadora hacia los extremos. Desgraciadamente, disminuye el conflicto porque aumenta la diferenciación social.

Nos interesan aquí, obviamente, las escuelas de pobres y la particular trayectoria de los pobres en las mismas. Por varios motivos: porque son los más recientemente llegados a la estructura educativa, porque son los que más necesitan de la escuela y porque, en esa sociedad de dinámica excluyente, es la escuela el único ámbito democratizador al que pueden acceder. También nos interesan las escuelas de pobres porque son especialmente las instituciones en las que es necesario trabajar con los docentes para que puedan abordar esta realidad superando la limitada perspectiva de que lo que los pobres necesitan es *contención*. Ciertamente es que hace ya mucho tiempo el sistema educativo ha estado desarrollando un formidable esfuerzo para generar condiciones que permitan no sólo que los chicos vayan a la escuela, sino que se queden en ella y además aprendan. Un complejo sistema institucional de servicios de psicología y asistencia social escolar, grados especiales, comedor, ropero, becas sobre el modelo de transferencia de ingresos a los hogares de los alumnos matriculados y, en algunos casos, atención médica forman parte, si no de la realidad de todas las escuelas, al menos del imaginario de los docentes acerca de la realidad de todas las escuelas.

La atención de todos estos aspectos generó una dimensión de intervención de la institución escolar conocida y reconocida por los docentes como la *asistencialidad*, sobre la que tienen opiniones controversiales. La merienda escolar (simple, doble, reforzada, reforzada doble) y los comedores escolares (doble y simple) atienden hoy el 47,19 % de la matrícula bonaerense, es decir, a 1.998.000 alumnos de todos los niveles educativos y dependencias: provincial, municipal y privada. Y no alcanza.

Efectivamente, ¿cómo podrían estas intervenciones paliar de manera satisfactoria el panorama social antes esbozado? No sólo ellas son insuficientes sino que, aunque no alcancen, no todos los actores de la educación están de acuerdo con que deban mantenerse esos servicios. Y vale la pena recordar que no alcanzan porque la solución al problema de la desigualdad no está en la escuela, sino fuera de ella.

Se dice con frecuencia, y de manera despectiva, que los chicos *van a la escuela a comer* y en esos términos se interpreta el incremento de las tasas de escolarización, más como una dimensión alimentaria de la lucha personal contra la pobreza, que como parte de una voluntad de mejorar el nivel educativo. Un pensamiento de apariencia políticamente correcta denuncia que nuestras escuelas se han convertido en comedores –se acentúa innecesariamente el dramatismo llamándolas *comederos*– sin apuntar al mismo tiempo el feliz hecho de que, por lo menos, sean comedores y subestimando el otro de que nunca lo son solamente. Pues, aunque desgraciadamente lo sean, otros procesos tienen lugar en las escuelas que son, nos animamos a decir, los que los chicos y sus familias demandan tanto como la asistencia. También hay en ese análisis una peculiar reducción naturalista que subordina el hecho de la educación al de la satisfacción de las necesidades básicas. Para los pobres, en cambio, pese a todo, hay una curiosa obstinación sarmientina de ponerse en el lugar del *soberano* para ser educado, aunque ese soberano esté desnudo y con hambre. Tal vez debamos cuestionar hoy la asimetría, el distanciamiento y el elitismo incluido en la noción iluminista de *educar al soberano* pero, en todo caso, lo que no puede objetarse es la voluntad de integrarse a ese proceso con procedimientos que disminuyan esa asimetría decimonónica.

Qué buscan los chicos en las escuelas

Ya hemos sugerido que nuestros adolescentes van detrás de una *voluntad del saber*. Por abstracta que parezca la noción, los chicos que van a nuestras escuelas pretenden alcanzar claves que, vía la adquisición de los conocimientos, les permitan lograr una meta de enorme complejidad que se dirige al objetivo de constituirse a la vez en ciudadanos, sujetos de derecho y jóvenes con competencias para incorporarse al mercado de trabajo. Todo esto incluye un germen de proyecto de vida en un contexto cuyas restricciones económicas, culturales y simbólicas no hacen sino poner en cuestión tanto la pertinencia como la viabilidad de planear siquiera un proyecto de vida. Pero, pese a ello, ahí están nuestros adolescentes luchando por ser alguien. Para los más pobres este *ser alguien* no es poco. En muchos casos, implica alcanzar niveles educativos más altos que los de sus propias familias de origen. Valoración de logro difícil de comprender para los sectores que tienen ya 40 o 50 años de experiencia

en un clima educativo alto –de 11 años y más como promedio del nivel educativo de los integrantes del hogar– y que encuentran dificultades para captar el *progreso* que este aumento implica para los que no lo tuvieron.

En una investigación realizada recientemente en establecimientos educativos con alumnos pertenecientes a los sectores sociales de *pobres estructurales* con larga permanencia en el mundo de la pobreza y nuevos pobres (Feijoó y Corbetta, 2004), hemos encontrado una larga serie de razones acerca de por qué van a la escuela y qué problemas encuentran en ella. Si se acepta la descripción sociodemográfica de la primera sección de este artículo y se extraen las consecuencias correspondientes, los hallazgos que se describen a continuación deben considerarse más bien como conjeturas, hipótesis o *puntas* que permitan, a lo largo de múltiples contribuciones, entender qué pasa en las escuelas. No hay duda de que esa búsqueda es resultado no sólo de su propia voluntad, sino de una combinación de factores resultantes de las expectativas de los otros dos actores relevantes del mundo escolar, las familias y los docentes.

Desde el punto de vista de los docentes, la realización del proceso educativo es una tarea altamente improbable, sobre todo en relación con las condiciones de base en que llegan los chicos a las escuelas. En esa investigación se utilizó la noción de *educabilidad* –para caracterizar la interacción existente entre el medio familiar y social y el mundo de la escuela– para indagar cuáles eran las condiciones necesarias para que el proceso se realizara con éxito. La investigación partió del punto que señala que la actual oferta del sistema educativo bonaerense estuvo diseñada para una estructura social que ha colapsado y que, en el marco de esa estructura, se dirigió a un alumno *tipo* que hoy es difícil de encontrar en nuestras escuelas. Se abre así una brecha de expectativas entre el perfil del alumno que debería llegar y el que llega, lo que constituye un obstáculo permanente al proceso de enseñanza y aprendizaje. Porque adaptarse al perfil de este tipo de alumno implicaría aceptar acriticamente los efectos de este proceso de reconversión social. Pero no adaptar las herramientas de trabajo implica profundizar este desacuerdo y esas brechas. Aquí entra en juego la controversia alrededor del papel que juegan las dimensiones asistenciales de la escuela, no queridas pero imprescindibles para paliar los efectos de la desigualdad en el aula. Los docentes consideran que no sólo las transformaciones de carácter económico afectan el desempeño de los alumnos sino que también destacan la importancia que ha tenido el cambio en la organización de la estructura familiar y el perfil actual de una sociedad en la que no se encuentra claramente un sistema de valores legitimado, que oriente las conductas de las personas.

Como respuestas institucionales no planificadas a esos problemas hemos encontrado dos modelos de desempeño: uno tradicional de tipo maternalista y otro denunciista de perfil ideologizado. Estos modelos no son arquetipos que pretendamos generalizar, dado que surgen de un estudio que no puede ser extrapolado y cuya pertinencia puede ser resultado tanto del ciclo educativo en que los hemos encontrado como del sector social, pues el maternalista apareció en un establecimiento de EGB I y II con alumnos del sector caracterizado como *nuevos pobres*, y el denunciista, en una escuela polimodal

con alumnos del sector *pobres históricos*. En el primer caso, con sus más y sus menos, la escuela continúa siendo todavía el segundo hogar, mientras que en el otro la escuela tiene que encontrar su lugar, compitiendo con el desafío que implica no sólo la pobreza de los hogares, sino los medios de comunicación de masas, los deseos de los chicos, la obsolescencia de los conocimientos de los docentes, la necesidad de los chicos de generar ingresos para sus hogares o para ellos mismos. Los docentes chocan en el aula con problemáticas y cuestiones que no pueden manejar. En el trabajo de campo, llamó la atención la mención, en uno de los establecimientos, acerca de un chico que se vestía a la manera de Marilyn Manson y la impotencia de los maestros para abordar el problema. Llamó la atención, sobre todo, porque ese testimonio se registró en un momento que precedió al drama de Carmen de Patagones.³

Desde el punto de vista de los padres, las experiencias son también divergentes. Para los padres de alumnos de sectores de nuevos pobres, garantizar la continuidad de los hijos en la escuela pública es una forma de replicar su propia experiencia de cuando eran chicos. Aunque encuentren que comparativamente esta escuela sea peor que la anterior, piensan que aun siendo peor, es defendible. En ese contexto, en el que hay intercalados pobres históricos que *ascienden* a una escuela de nuevos pobres, para estos, se trata de una oferta educativa de calidad dado que supera notablemente aquella a la que ellos mismos accedieron en su niñez. ¿Qué le reclaman los padres a la escuela? Centralmente, que aumente la cantidad de conocimientos que se imparten; que haya disciplina; que la escuela comunique y acompañe los problemas que se plantean. Ciertamente, dicen los docentes, que cuando la escuela llama a los padres, estos difícilmente concurren, de modo que los docentes tienen que arreglárselas sólo frente a los problemas.

Por último, los chicos. Los chicos, especialmente los de Polimodal, los adolescentes plenos a los que nos estamos refiriendo y que –en el marco de una actitud a veces abiertamente querellante; otras francamente adaptativa– tienen todas sus esperanzas puestas en la escuela. Probablemente, porque como ya se ha dicho, no es sólo la única institución que conocen, sino el lugar en que por antonomasia tienen probabilidad de ser reconocidos como sujetos. Por ello, el principal proyecto de vida de los chicos es quedarse en la escuela para adquirir conocimientos relevantes, que puedan abonar exitosamente su salida al mundo de la adultez, ese mundo que requiere saber manejar adecuadamente valores, destrezas, competencias, autoestima. Esos chicos están vigilando el mundo de los mayores, probablemente para buscar modelos de ejercicio de rol que les sean útiles en su propia vida. Los mayores, por su parte, se acercan a ellos de manera azarosa, imaginando qué y cuáles conocimientos les van a ser útiles: desde consejos prácticos de cuidado de la presentación del yo –como cuando alguien

³ El 28 de setiembre de 2004, en la Escuela No 202 “Islas Malvinas” de Carmen de Patagones –provincia de Buenos Aires–, un adolescente de 15 años, alumno de 1er año de Educación Polimodal, ingresó armado al establecimiento y disparó en el aula hacia sus compañeros. Cuatro de ellos murieron y otros resultaron heridos.
[N. de E.]

les aconseja que no se tatúen para no bloquear su acceso al mercado formal de trabajo– hasta cómo responder a problemas concretos del currículum.

Los adolescentes también están marcados por los estímulos de un mundo confuso. Los medios de comunicación de masas –la televisión abierta y más que ésta, la emitida por cable– desempeñan su papel de abrirles un mundo, como el caso del chico que a raíz de ver la CNN ha decidido que quiere ingresar a la marina norteamericana. Otros, en cambio, tienen expectativas más pedestres como resolver de qué manera articular la demanda escolar con la demanda familiar de prestar ayuda a los padres. Unos y otros son adultos prematuros.

No es sorprendente señalar, después de lo expresado, que hay un aire de adultez anticipada en estos chicos. No es novedad. Ya hemos dicho que los estudios sociológicos de los ciclos de vida han destacado reiteradamente que la probabilidad de pasar de manera plena por cada una de esas etapas depende, en parte, de la condición económica de los hogares. Dicho de otra manera, que no hay niñez o adolescencia plena para los pobres involucrados prematuramente en la resolución de los problemas de la vida cotidiana de sus hogares.

El establecimiento escolar es en sí mismo un ícono para los chicos. Alrededor de sus protectoras paredes juegan los *picados* de fútbol el sábado a la tarde; se reúnen en la cercanía de su predio; algunas familias lo alquilan para hacer fiestas. Y los que tuvieron que abandonarla o la abandonaron sin obligación de hacerlo se acercan a ver a sus viejos compañeros, situación descrita también en otras investigaciones sobre jóvenes del conurbano bonaerense (Duschatsky y Corea, 2002). En fin, contra todas las dificultades, la vida es más bella con la escuela. Sí cabe preguntarse si la escuela está a la altura de estas demandas.

Una mirada sobre los adolescentes

La mirada sobre los adolescentes también se construye con lo que los otros piensan sobre ellos. La de nuestra sociedad, formateada su percepción a partir del mensaje de los medios de comunicación de masas, está lejos de ser piadosa. Lo que los medios levantan es la marginalidad, dimensión de desvío social sin duda presente en este universo, aunque no obviamente la dominante.

Expresiones culturales del mundo juvenil –por ejemplo, la cumbia villera y aun la droga misma– coexisten con aspectos de fuerte integración como esta voluntad de aferrarse a la educación, y es poco lo que sabemos acerca de qué forma se articulan estos comportamientos.

Por otro lado, el intento de los medios de criminalizar los comportamientos de los adolescentes está en línea con una sociedad en la que algunos sectores reclaman creciente represión y penalización para problemas que son complejos en su configuración y que sólo milagrosamente habrían de ser de sencilla solución. Hay acá una herencia eugenésica y lombrosiana que afecta la forma en que se mira a los jóvenes y carga las tintas para forzar una lectura en blanco y negro de su situación. También es cierto que sería ingenuo desconocer que estos determinantes macroestructurales generan, asimismo, un mundo de marginalidad; pero sería importante

dimensionarlos en lo que es su verdadero peso: existen bolsones de pobreza intensa –caracterizados por subculturas a veces locales, con modos de vida delincuenciales– pero están lejos de ser los dominantes. En este sentido, se ha señalado muchas veces que la construcción de un mundo de *bandas* tampoco es ajena a la connivencia entre ellas y una institución que, como la policial, debería garantizar la seguridad más que promover la delincuencia. Toda esta compleja realidad llega a la vida pública a través de los *flashes* de medios escritos, radiales y televisivos que erigen al adolescente bonaerense como el desviado, el drogadicto, el problemático, el otro, el difícil. Mientras se escribía este artículo, se había producido un asesinato de una adolescente embarazada de 14 años que con su grupo se negó a ir a comprarle droga a unos policías.* Ella era, además, del barrio de Ezequiel Demonty, el chico que murió ahogado cuando otros policías lo obligaron a tirarse al Riachuelo para escarmentarlo vaya a saberse de qué y *para que aprenda a nadar*.* Y todo esto no ocurre en la lejanía de los alrededores sino en la propia ciudad de Buenos Aires.

Los adolescentes se han convertido así en *las clases peligrosas* del siglo XXI. Y algunos lo son. El libro *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros* (Alarcón, 2003) describe, con singular agudeza, la vida de un barrio en la zona norte del Gran Buenos Aires en el que la concentración de muchas causas produjo, a lo largo de la década del 90, un auténtico genocidio juvenil, resultante de la droga, la delincuencia, la pobreza, el abandono y la epidemia del sida. Cada uno de estos elementos es, en sí mismo, una invitación a la muerte: todos juntos constituyen un *cocktail* intolerable para cualquier sociedad. Pero son los menos. La mayoría busca difícilmente su camino a las estrellas por la ruta de las dificultades. Sería bueno que las excepciones no nos impidan ver los promedios.

Una vez más, la *larga duración* ha dominado la constitución de la subjetividad y la memoria de manera mucho más eficaz que la coyuntura. Es a esa larga duración a lo que todos debemos apostar para reconvertir la tarea educativa en una que conecte con las demandas y deseos de todos los que en ella participan.

Bibliografía

- Alarcón, Cristian, Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros. Buenos Aires, Norma, 2003.
- Ariès, Philippe, Centuries of childhood: a social history of family life. Nueva York, Vintage, 1962.
- Braslavsky, Cecilia, Informe sobre la juventud argentina. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.
- Dirección Provincial de Información y Planeamiento Educativo, Educación y pobreza, Estudio N° 1. La Plata, DGCyE, 2002.
- Duschatzky, Silvia y Corea, Cristina, Chicos en banda: los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Feijoó, María del Carmen, Nuevo país, nueva pobreza (segunda edición ampliada). Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Feijoó, María del Carmen y Corbetta, Silvina, Escuela y Pobreza. Desafíos educativos en dos escenarios del Gran Buenos Aires. Buenos Aires, IPE-Unesco Sede Regional Buenos Aires, 2004.

Torrado, Susana, Vivir apurado para morir joven. Buenos Aires, mimeo, 1992.

* Socióloga, Universidad de Buenos Aires. Oficial de enlace del Fondo de Población de Naciones Unidas en la Argentina. Docente universitaria e investigadora del Conicet. Fue Subsecretaria de Educación bonaerense, Subsecretaria de Calidad y equidad educativa de la Nación, Secretaria ejecutiva del Consejo Nacional de Coordinación de políticas sociales y consultora de organismos internacionales.